

nos descubre dentro de nosotros mismos lo que no habíamos podido conocer; en una palabra, es el genio en movimiento, ó es el talento en accion. Cuando Massillon desenvuelve y propaga con tanta superioridad las ideas, nos sorprende á cada paso, sin salir de nuestro corazon; y asi es como los movimientos con que termina el pasage y señaladamente el último son en extremo eficaces y positivamente sublimes.

Veamos, para concluir, otro muy singularmente notable por el primor con que en él se maneja ese diálogo oratorio, tan adecuado para confundir la conciencia mas obstinada, como para mantener en igual grado de viveza la atencion de los oyentes. Ha expuesto ya Massillon el segundo carácter de falsedad que distingue á la penitencia de un pecador en el lecho de la muerte, haciendo ver que las demostraciones que hace son mas bien efecto de un temor puramente natural, que resultado de un arrepentimiento sincero. Ha amplificado magníficamente este juicio, para convertirse luego á Dios por un apóstrofe muy patético, en que ya le habla él por sí mismo como el mas delincuente de todos, aumentando así prodigiosamente el interes de tan valiente figura; y despues de tan bella preparacion, vuelve á su auditorio para presentar un drama el mas animado, en que hablan solos el moribundo y su Divino Juez.

„Y así, amados oyentes míos, dice, entonces „levantaréis la voz al cielo desde el abismo de „vuestros males, y el justo Dios se reirá de vuestros clamores: *ego quoque in interitu vestro ridebo*: Lloraréis, é insultara vuestras lágrimas desde „lo alto de su justicia; *subsanabo*: os heriréis el „pecho, y no se ablandará vuestro corazon; le pro- „meteréis mas fidelidad si dilata vuestra vida, y se „burlará de vuestras promesas, por que verá en „la corrupcion de vuestro corazon, que si dilatára „vuestros dias, no haría mas que dilatar vuestros „delitos: exhortaréis á los que asisten á vuestra

„muerte á que se aprovechen de vuestro ejemplo, „y á que sirvan á Dios mientras tienen salud; y „el Señor os responderá en lo interior: *¿por qué „tú has de referir mis justicias?* Le diréis, no en- „treis en juicio, Señor, con vuestro siervo; y os „responderá, *que ya estais juzgados*. Le diréis, „¡O Dios mio lleno de bondad! Vos, Señor, so- „lamente venisteis á salvar á los pecadores; y os „responderá, *que no hay salvacion para el impío*. „Le diréis, ¡ó Salvador de los hombres! yo pon- „go mi confianza solo en vuestra infinita miseri- „cordia; y os responderá, *que la esperanza del pe- „cador perecerá con él*. Le diréis, ¡ó Pastor Divino „de nuestras almas! Vos nunca despreciáis á las „ovejas descarriadas que vuelven á buscaros; y os „responderá, *que hay tiempo de perdonar y tiempo „de castigar*. Le diréis, ¡o Jesus! yo pongo mi „alma en vuestras manos; y os responderá, *que „no la tiene ya por suya y que no la recibe si- „no para hacerla eterna víctima de su justicia; y „vuestros infructuosos gemidos é inútiles súplicas „servirán de espectáculo agradable á su furor y á „su venganza. Consolabor, & vindicabor*.”

¡Que cosa puede presentarse ni mas viva- mente pintada que esta escena, ni de un interes mas animado que este diálogo terrible? Que se busque un pasage trágico que cause una conmocion mas viva, y no será fácil encontrarlo. ¡Que espantoso contraste no forman aquí los tardios clamores de una alma sobrecogida de horror, y la severa indiferencia del Dios de justicia! Pero lo que hay de mas grave aquí es que no toma en esto ninguna parte la imaginacion, y todo el movimiento se debe á la verdad. Estas respuestas tremendas de Dios no son interpretaciones oratorias para dar mayor cuerpo á lo patético del discurso, sino sus mismas palabras tomadas de la santa escritura; son las sentencias mas formidables para el que ha sido iluminado por la revelacion. Esta risa de Dios en medio de los mas profundos clamores del alma,

estas lágrimas inútiles que arrastran la burla del Juez á quien se dirigen. Ese reproche tremendo lanzado fuertemente contra las hipócritas exhortaciones del moribundo, esta esperanza del pecador que perecerá con él; y estos gemidos infructuosos que solo sirven de espectáculo agradable al furor y á la venganza del altísimo, ejercen tan mágico poder en la imaginación y en el entendimiento, y subyugan de tal modo toda la alma, que para resistir al terror sublime de que nos penetra todo el pasaje, sería preciso cerrar los ojos contra los rayos purísimos de la fé.

A esta escena sucede otra mas lastimosa, mas desesperada, aunque menos violenta. El moribundo siente la amargura de su alma y el tormento de su situación; empieza á adquirir un convencimiento práctico de que ha de morir: el sepulcro se abre ya delante de sus ojos; ríndese bajo el peso incalculable de sus crímenes; quiere verlos con distinción, y todos se le confunden; intenta recorrerlos, y no puede ni aun penetrar en medio de su asombroso conjunto.... Un esfuerzo para repararlo todo.... No: la empresa es imposible.... ¡Ensayá una mudanza en su corazón!.... pero sus antiguas ilusiones se animan, sus afectos depravados renacen, las pasiones descubren su airado rostro y parecen imponerle silencio.... ¡Que agitación! ¡que lucha! ¡que espectáculo!.... Entre tanto el mal se agrava, los dolores urgen, el tiempo se estrecha; y el viento de las alas de la muerte empieza á circular al rededor del lecho. Entonces el moribundo semejante á Saul en la crisis mas deplorable, hace salir á otro Samuel del sepulcro, „y le dice como aquel desgraciado rey: „me hallo entre mortales penas: *Coarctor* „*mihi.* (*) Os he enviado á llamar para que me „digais lo que debo hacer en la extremidad en que „me encuentro: *vocavi ergo te, ut ostenderes mihi quid*

(*) Reg. 28 v. 15.

„*faciam?* (*) ¿Pero cual sería entonces la respuesta „del hombre de Dios, si le fuera permitido el responder „lo que la religion le obliga á pensar? ¿Porqué „inquietais el sosiego de mi sepulcro, le diría, como Samuel á Saul, y me obligais á salir de mi „retiro para venir á este lugar? „*Quare inquietasti „mihi, ut suscitarer?* (**) Ya no es tiempo de recurrir al Señor: ¿de que sirve el consultarme, „cuando ya os ha abandonado? „*Quid interrogas „me, cum Dominus recesserit à te?* (***) Moridéis, y la „justicia de Dios cumplirá en vos lo que tantas veces „os habíamos anunciado de su parte. *Faciet enim „tibi Dominus sicut locutus est in manu mea* (****) „Esto es lo que entonces piensa el Ministro del „Señor: os exhorta á que no desesperéis, pero no „por que él forme mucha esperanza: os habla de „las misericordias del Señor; pero adora interiormente los terribles decretos de su justicia para „con vosotros: os pone delante al Divino Salvador „espizando en la Cruz; pero no se atreve á decirnos que aquella cruz no es para vosotros tro„no de gloria, sino un tribunal severo, desde „donde ha de pronunciarse vuestra sentencia: „os disminuye con santos artificios de caridad el „horror de vuestras culpas, para que no desesperéis; „pero sabe muy bien que el Señor tiene su peso „y medida, y que no está en mano del hombre „el alterarlos. Os repetirá muchas veces para aseguráros contra una vida llena de desórdenes, que „la gracia no necesita mas que un momento para salvar al pecador, y que un solo movimiento „de verdadero dolor equivale á muchos años de „virtud y puede consumir la santificación; pero „no ignora que este movimiento es uno de aquellos prodigios singulares de la gracia, con los que „es cosa terrible tener que contar para la salvación; y que el comun y casi infalible efecto de „una vida pecadora es la muerte en el pecado.”

(*) Reg. 28. v. 15. (**) Ibid. (***) v. 16 (****) v. 17.

EPILOGO.

Para concluir esta serie de verdades llama de nuevo el Orador la atención de sus oyentes hacia la terrible sentencia que le sirve de texto: *quæretis me et in peccato vestro moriemini*. Hace una reflexión muy triste; supone que tengan tiempo para volverse á Dios, que cuenten al fin de su vida con una razón expedita, que le busquen efectivamente y le ofrezcan lágrimas de dolor y de arrepentimiento; y sin embargo, añade: „¿que es lo que Jesús, su Cristo os permite esperar de vuestras diligencias „y lágrimas, si las dilatais hasta entonces?” *Me buscaréis, y moriréis en vuestro pecado.*

Aquí es donde repasa ligera pero enérgicamente el Orador sus mas notables reflexiones para transmitir á sus oyentes el sentimiento profundo de una duda que sucede á los clamores últimos del culpable, que ya desesperado de la vida y agitado de inexplicables temores, intenta ablandar á su Juez. No trasladaré aquí á la letra esta peroración; por que aunque muy buena en sí misma, no puede reputarse superior á la parte confirmativa, ni es tampoco una de las que mas sorprenden en los discursos de este insigne Orador. Limitándome pues á lo expuesto acerca de los trozos particulares que se han ido leyendo, concluiré esta ligerísima reseña con algunas observaciones generales respecto de todo el *Sermon de la Impenitencia Final*.

Si la elocuencia consiste en apoderarse fuertemente del corazón, después de haber rendido al entendimiento, ningún discurso reúne mayores títulos para llamarse elocuente, que el de la impenitencia final. Difícil sobre manera parece dar una demostración tan evidente de una verdad tan terrible, pues que lo imposible é inútil de la penitencia en el lecho de la muerte está fundado

aquí en un género de pruebas que no podría nunca desvirtuar toda la sutileza de los filósofos. El Orador aplica un texto de la santa escritura; pero después de haber convencido la razón con argumentos puramente naturales que con tal abundancia le suministra el orden metafísico, el orden físico y el orden moral. Es necesario no tener criterio ninguno sobre las esencias de las cosas, para persuadirse de que un instante bastará para destruir el hábito, que no sin causa se ha llamado segunda naturaleza: es preciso ignorar del todo las leyes naturales, para creer expeditas las funciones del alma, á tiempo que los mas crueles dolores, los dolores de la muerte atormentan nuestros órganos: en fin, es indispensable desconocer el verdadero carácter de las pasiones, para esperar con firmeza el obtener sin preparación, sin continua lucha y en un solo momento, el triunfo mas completo sobre todas. ¡Y no se requiere igualmente privar á Dios del soberano atributo de su justicia, para creer que colmará la medida de sus gracias, á tiempo que el pecador, después de haber hecho rebosar la de sus delitos y cuando ya no puede cometerlos, se vuelve á él, y no mas que por un principio de terror y de espanto?

Este orden de racionios tan fiel y estrechamente concatenados dan á la lógica del Orador un poder incontrastable, pero mayor todavía, cuando apenas acertamos á distinguir en ellos las líneas que separan lo especulativo de lo práctico, las pruebas, de los movimientos; la dialéctica, de las imágenes; y para decirlo de una vez, el convencimiento, de la persuación. ¡Tan admirable así es la destreza con que se sirve de todas las inspiraciones del genio y de todos los resortes del arte! ¡Que uso tan feliz de las figuras mas valientes! Esa interrogación con que á cada paso nos postra; ese dialogismo con que no nos permite ni un instante de reposo; esas conversiones reiteradas á Dios que tanto confunden la conciencia, esa amplifica-

cion oratoria que descubre un talento verdaderamente grande para profundizarlo todo; esos caracteres morales donde vemos con sorpresa nuestro propio retrato, y donde reconocemos con rubor que ya no somos los depositarios únicos de nuestros mas profundos y vergozosos secretos: en fin, ese empleo de la santa escritura, que á cada paso viene á perturbar la falsa quietud de nuestro corazon, discernimiento feliz que anuncia una sabiduria profunda, y prepara una victoria completa contra los vicios: todo este conjunto, repito, nos hace ver el Sermon de la Impenitencia Final como uno de los mas distinguidos ejemplos de la oratoria, y á su esclarecido autor como un genio admirable que si tiene igual, acaso no tiene superior. No me olvido de que se han encontrado en Massillon algunos defectos en que no incurre Bourdaloue; y que en esta misma pieza pudieran censurarse ciertos descuidos, como la especie de prolijidad en que á veces incurre, tal cual pasage en que suele repetirse, y algunas exhortaciones muy comunes; pero estas bien realzan que oscurecen el brillo del Orador, por que deben tenerse como felices negligencias que hacen desaparecer hasta la última sospecha de refinamiento y estudio. Concédase pues en buena hora á su glorioso rival el mérito de un raciocinio insuperable; pero quédese al Obispo de Clermont el derecho de reunir todos los homenajes, quando se trata de aquella mocion dulce y fuerte al mismo tiempo, tan propia para rendir y sojuzgar hasta el corazon menos accesible á los transportes de la virtud. *La mayor gloria de Bourdaloue dice d^o Alembert, consiste sin duda en que aun sea disputada la preeminencia de Massillon.* (*)

(*) *Eloge de Jean-Baptiste Massillon.*

OBSErvACIONES CRITICAS

SOBRE EL SERMON
DE LA MUERTE DEL PECADOR

LA MUERTE DEL JUSTO.

Si recordamos que el objeto de los Sermones morales es encaminar á los fieles no solamente á la enmienda de los vicios, sino tambien á la práctica de las virtudes, y que pueden procurarse ambos objetos sin perjuicio de la unidad de plan que ha de haber siempre en las composiciones literarias; los dos cuadros que Massillon presenta en este discurso, lejos de incurrir en el defecto de aquella, como lo pretende el Cardenal Maury, conspiran admirablemente á ganar el alma por el suave y delicioso influjo de la virtud, despues de haberla hecho estremecer al aspecto de la horrorosa deformidad y funestos resultados del vicio. Estas dos perspectivas ofrecen un cabal contraste, por que el retrato espantoso del pecador, que precede á la inágen consoladora del justo, viene á servir de sombra, digámoslo así, y derrasa por tanto un interés muy vivo sobre la hermosísima pintura de la única felicidad que puede existir en la tierra. Sin duda que la dicha no requiere sombras ni contrastes para difundir en el espíritu las dulces y tranquilas impresiones de la belleza; pero quando la sombra realza la perspectiva; quando lo obscuro limita los contornos de la luz para distin-